

No os humilleis sino á Dios.  
 Dejadme triunfar muriendo.

*Quev.* No quiero yo tu baldon.  
 Corre á morir con denuedo;  
 mas no estorbes á Quevedo  
 cumplir con su obligacion.

*Gonz.* ¡Oh adorada prenda fiel!  
 Suplicio, yo te bendigo,  
 pues va á la tumba conmigo  
 el corazon de Isabel.—  
 Amparad vos su virtud,  
 ¡pues no puedo hacerlo yo!...

*Quev.* (*Enjugándose las lágrimas.*)  
 ¡Basta!

*Alc.* Vamos....

*Quev.* Guiad.

(*Siguiendo al Alcaide con el brazo sobre los hombros de Gonzalo.*)

¡Oh  
 malograda juventud!

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO.

*La decoracion del acto segundo. Sigue la noche.*

ESCENA I.

*El Rey. Quevedo.*

*Rey.* Don Francisco, no os canséis:  
 holgárame de serviros;  
 mas la ley....

*Quev.* Sus pocos años,  
 su inesperienza....

*Rey.* Repito  
 que en vano me importunais.

*Quev.* Recordad, señor, que es hijo  
 de un valiente que perdió  
 la vida en vuestro servicio.

*Rey.* De otro servidor leal  
 me priva, muerto á los filos  
 de su espada.

*Quev.* Ya la parte  
 del difunto, á ruego mio,  
 le ha perdonado.

*Rey.* ¿Qué importa,  
 si reclama su suplicio....

*Quev.* ¿Quién?

*Rey.* La pública vindicta,  
la inmunidad de este asilo,  
mi ultrajada magestad.

*Quev.* Señor, no pierde su brillo  
una testa coronada  
por usar de su mas digno,  
su mas grato privilegio;  
el de perdonar. Si el grito  
oís de ese corazon,  
naturalmente benigno,  
seguireis el alto ejemplo  
de los Trajanos y Titos....

*Rey.* Ya lo sigo perdonando,  
por lo mucho que os estimo,  
que á enojarme os arriesgais  
por defender á un amigo.  
Débil mas que generoso  
seré, y fábula y ludibrio  
de mi reino y de mi corte,  
si tan aleve homicidio  
queda impune.

*Quev.* No pretendo  
la impunidad; solo os pido  
que le perdoneis la vida,  
y allá en remotos dominios  
lidiando por vos expié  
la culpa que ha cometido.

*Rey.* ¡Su culpa!...

*Quev.* Fué involuntaria.

*Rey.* ¡Y no tiene mas padrino  
que vos? Yo sé quién pudiera  
y vos tambien, Don Francisco,  
lo sabeis, con una sola  
palabra romper sus grillos.

*Quev.* Lo que vos y yo sabemos,  
pronto será conocido  
de todo Madrid, señor,  
y ved aquí otro motivo  
para que useis de clemencia.

Si Gonzalo va al patíbulo,  
no serán por esta vez  
pábulo vuestros ministros  
de la malicia del vulgo:  
dirá que, rey vengativo,  
castigais en ese jóven  
su dicha, no su delito;  
no al homicida alevoso,  
sino al rival preferido.

*Rey.* ¡Preferido! ¡Sabeis vos  
si lo será?

*Quev.* Yo no afirmo  
nada: digo lo que el vulgo  
dirá.

*Rey.* ¡Dudais que mi brio,  
si la régia dignidad  
no mandase reprimirlo,  
ahorrara á la ley su fallo  
y al verdugo su ejercicio?

*Quev.* No dudo. Sois caballero,  
sois valiente, y por lo mismo,  
pues no podeis en el campo  
lidiar con vuestro enemigo,  
perdonando bondadoso  
á ese mísero hidalguillo,  
obrais como caballero  
y como Rey.

*Rey.* Cuando herido  
de amor late el corazon,  
no está para silogismos.

*Quev.* ¡Tan enamorado estais!  
*Rey.* (Sacando un retrato y mostrándolo.)  
Ved este rostro divino.

*Quev.* El de Isabel. (Ap. Procuremos  
dar al negocio otro giro.)  
La semejanza es perfecta.  
Velazquez hace prodigios.

*Rey.* No es obra suya el retrato.

*Quev.* ¡Quién....

- Rey.* Lo llevaba consigo  
Don Gonzalo.
- Quev.* ¡Y qué os importa,  
si le habeis desposeído  
de copia y original?
- Rey.* Poco valdrá mi dominio  
sin el alma de la hermosa....
- Quev.* Pues ¡qué! ¡tan poco camino  
habeis andado....
- Rey.* Tres veces  
desde aquel lance inaudito  
se ha desmayado Isabel.
- Quev.* Se desmayará otras cinco  
si es forzoso.
- Rey.* ¡Sospechais....
- Quev.* Creo poco en parasismos  
de mugeres.
- Rey.* ¡Con qué objeto  
recurrirá á ese artificio?
- Quev.* No sé. Ella se entenderá.
- Rey.* Yo no creo ni imagino  
que un ángel pueda fingir.
- Quev.* Aun siendo así, no es preciso  
que el accidente proceda  
de aquel amor primitivo.  
Si es de fibra delicada,  
basta á atribular su espíritu  
el susto.... Sin duda vos,  
que no sois galan novicio,  
al verla tan angustiada  
la habeis prodigado auxilios,  
consuelos...
- Rey.* Con tal ternura,  
con tan fervoroso ahinco,  
que harto habré mostrado en ellos  
mi adoracion, mi delirio.
- Quev.* Y ¡sonreia su labio,  
ó acaso con ceño esquivo....
- Rey.* Solo á mi afan respondia

- Quev.* con lágrimas y suspiros.  
Mas ¡no intenta redimir  
á su adorado cautivo?
- Rey.* No le nombra.
- Quev.* Para vos  
puede ser ese un indicio  
muy favorable.
- Rey.* Ella ignora  
que su vida está en peligro;  
pero pronto lo sabrá,  
y en tan grave compromiso,  
pues es muger y en su mano  
está de ese hombre el destino,  
veremos si saca airosa,  
fallando en nuestro litigio,  
vuestra opinion, ó la mia.
- Quev.* Ni pongo rey ni lo quito;  
pero ayudo á mi señor,  
dijo Beltran; y yo digo:  
Sálvese mi pobre ahijado:  
de lo demas no me cuido.
- Rey.* Yo deseo vuestro triunfo  
porque en él se cifra el mio.
- Quev.* Vos siempre habeis de triunfar,  
ó vencedor ó vencido.  
Si Minerva os es contraria,  
amor de rosas y mirtos  
coronará vuestra sien;  
y si sucumbe Cupido,  
la gloria os consolará  
de apellidáros invicto  
campeon del bello seco.  
Mas no eclipsareis el brillo  
de trofeo tan honroso,  
ni agravareis mi conflicto  
negando á aquel infeliz....  
(Saliendo del cuarto de la Infanta.)
- Cond.* Señor, si me dais permiso....
- Rey.* Llegad.

Quev. (Ap. Pues á tiempo llega el refuerzo, me retiro.)  
 (Hace una reverencia al Rey en ademan de retirarse.)

ESCENA II.

El Rey. Quevedo. La Condesa.

Cond. (A Quevedo.)  
 Quedaos. (Quevedo se detiene.)  
 Rey. (Ap. Triste y sombría....)  
 Cond. A quien el Rey mi señor da su confianza (Ap. ¡Ay dolor!...) mal puedo negar la mia.  
 Rey. ¡Suspirais!  
 Cond. ¡Señor!  
 Rey. ¿Cuál es la causa de ese quebranto?  
 Cond. Permitid que con mi llanto riegue, señor, vuestros piés.  
 (Va á arrodillarse y el Rey se lo impide.)  
 Rey. No hareis tal. Mas del cuidado me sacad. ¿Qué angustia es esa?  
 ¿Qué queréis de mí, Condesa?  
 Cond. La vida de un desgraciado.  
 Rey. ¿Qué escucho! ¿De quién, señora? ¿de ese Gonzalo tal vez?  
 Quien debiera ser su juez mas inflexible, ¡le llora!  
 Cond. ¡Ah! Sí.  
 Rey. Su insolente audacia, sin respeto al Rey ni á Dios, vertió sangre vuestra, ¡y vos venís á pedir su gracia!  
 Cond. Su frenesí le cegó.  
 Viendo en palacio á su dama, creyó perdida su fama....  
 Rey. ¿Y quién la deshonor? ¿Yo?

Cond. ¡Señor!  
 Rey. Movísteis el cisma con cuya maraña lucho, y... No os entiendo.  
 Cond. ¿Qué mucho si no me entiendo á mí misma?  
 Rey. Por vos he visto á Isabel: por vos mi alma gime esclava. ¿Sabiais que ella le amaba? ¿Le conociais á él?  
 Cond. Sí.  
 Quev. (Ap. ¡Dios castiga sin palo!)  
 Rey. Si ahora obrais de ese modo, ¡cómo antes....  
 Cond. Sabreislo todo con saber que amo á Gonzalo.  
 Rey. Ahora os entiendo menos.  
 Cond. Ayer ciega en mi furor me hizo culpable el temor de verle en brazos ajenos: hoy por salvarle la vida vierto este llanto copioso, ¡y lloraré si es forzoso á los piés de su querida!  
 Rey. ¿Vos tambien? ¡Dios de Israel! ¿qué lindo Don Diego es este, qué paraninfo celeste, que todas gimen por él?—  
 ¿Qué decís de esto, Quevedo?  
 Quev. Que estoy confuso, y absorto, y lelo... y me quedo corto.  
 Rey. El diablo anda en este enredo.  
 Cond. Mi iluso amor, mi flaqueza y mi desesperacion, me inspiraron una accion indigna de mi nobleza.  
 Yo fuí quien al fiero arrojo de Gonzalo causa dí:  
 yo armé su mano, y por mí

fué blanco de vuestro enojo.  
 Yo soy la que lleva en pos  
 de sí la tea funesta  
 que tantos pesares cuesta  
 á él, á ella y á vos:  
 yo la que vendí sin ley  
 el honor de mi rival;  
 yo la que he sido fatal  
 á mi amante y á mi Rey.  
 Ved si lanza justos gritos  
 mi conciencia acusadora:  
 ved si en un alma traidora  
 pueden caber mas delitos:  
 y en vuestra recta balanza  
 cuál es de los dos, pesad,  
 digno de vuestra piedad  
 y cuál de vuestra venganza.  
 ¡No mas!... ¡Hola!

Rey.  
 Quev.

(Ap. ¡Dios le asista!)  
 (Llega un oficial de alabarderos.)

Rey.  
 Quev.  
 Rey.

Esta muger....  
 (Ap. ¡Desdichada!)  
 Quede en su cuarto arrestada  
 con centinela de vista.

Cond.  
 Rey.  
 Cond.  
 Rey.  
 Cond.

¡Señor!...  
 (Ap. Su valor me admira.)  
 ¡Perdonadle! ¡Es inocente!  
 ¡Basta!  
 Embótese en mi frente  
 el rayo de vuestra ira;  
 y el golpe que me destruya  
 bendeciré agradecida,  
 si aceptais, señor, mi vida  
 en rescate de la suya.

ESCENA III.

El Rey. Quevedo.

Rey.  
 Quev.  
 Rey.  
 Quev.

Eso es amar, Don Francisco.  
 Admirable es conducta.  
 Sublime es la expiacion  
 si grave ha sido la culpa.  
 Si no es ella la muger  
 fuerte de que la Escritura  
 nos habla, dudo, señor,  
 que pueda serlo ninguna.  
 Ya me voy reconciliando  
 con las faldas.

Rey.

Ya veis: triunfa  
mi opinion.

Quev.  
 Rey.  
 Quev.

¡Victoria insigne!  
 ¡Plegue á Dios baste con una!  
 ¡Temeis que siga su ejemplo  
 la menina?

Rey.  
 Quev.

¡Quién lo duda?  
 Fíad mas en su flaqueza  
 y en vuestra buena ventura.  
 Es mas vehemente el amor  
 en las mugeres adultas  
 que en las mozas. Las Virginias  
 y las Arrias no son fruta  
 de este siglo.... Mas si el aya  
 vuestra admiracion augusta  
 ha escitado, ¡qué razon  
 á castigarla os impulsa?

Rey.

Yo debo algun desagravio  
á Isabel...

Quev.  
 Rey.

(Sonriéndose.) Sí.  
 Y á la pública  
 moral.

Quev.

Cierto. (Ap. ¡Oh mundo hipócrita!  
 ¡Oh virtud! ¡Cómo te insultan!)

- Rey. Mas limitaré el rigor  
á tres dias de clausura....
- El Ugier. (*A la puerta del foro.*)  
Doña Isabel de Marcilla....
- Rey. ¡Ah!
- Ugier. Pide audiencia....
- Rey. (*Aparte con Quevedo.*) ¡Oh fortuna!—  
Esperadme en la antecámara.—  
Yo no sé lo que me anuncia  
el alma.... A la par en ella  
temor y esperanza luchan.—  
(*Al Ugier.*)  
Que entre. (*Váse el Ugier.*)
- Quev. No olvideis, señor....
- Rey. ¡El refran?
- Quev. (*Ap.* ¡Dios te confunda!)  
Al reo que está en capilla.
- Rey. Vivirá si ella le indulta.
- Quev. Sí hará. Sin llamarla viene....  
No hay dudarle: capitula.
- Rey. Hoy se verá *quién es ella.*
- Quev. Es.... *ella*, y todas son unas.  
(*Al retirarse por el foro saluda á Isabel, que entra al mismo tiempo.*)

ESCENA IV.

*El Rey. Isabel.*

- Isab. Dadme, señor, vuestros piés....
- Rey. (*Deteniéndola.*)  
Alza.
- Isab. Permitidme....
- Rey. ¡No!
- ¡Lloras?
- Isab. Soy desventurada.
- Rey. (*Ap.* Todo lo sabe.) En la flor  
de la vida y la hermosura,  
cuando mi alta proteccion

- es tu egida, y cuando todo  
se sonrie en derredor,  
¡qué pena puede, Isabel,  
lastimar tu corazon?
- Isab. De bronce fuera ó de mármol  
si resistiese al dolor  
que le oprime. Un infeliz  
gime bajo el peso atroz  
de una sentencia cruel,  
y yo á su despecho soy  
la causá de su desdicha.  
¡Concededme su perdon!  
¡De quién me hablas?
- Rey. De Gonzalo.
- Isab. ¡Ignoras que su furor  
osó verter sangre ilustre  
en esta sacra mansion,  
al pié de mi escelso trono;  
sangre que yo mismo ¡yo!  
ví correr?
- Isab. Locura fué;  
crímen quizá; pero en vos,  
que si sois monarca augusto,  
tambien caballero sois,  
disculpa hallarán, lo espero,  
los delitos del honor.
- Rey. ¡Quién á su honor atentaba?
- Isab. Salvar el mio creyó.
- Rey. ¡El tuyo!
- Isab. ¡Ah! no os irriteis.  
Tranquila y segura estoy  
bajo el paternal escudo  
del que es imágen de Dios  
sobre la tierra.
- Rey. (*Ap.* ¡Medrados  
estamos!)
- Isab. Pero él temió....  
no á un Rey magnánimo y justo,  
sino la aleve intencion

de viles aduladores....  
*Rey.* ¿Y quién es él? ¿Quién le dió  
autoridad, ni derecho  
para tanto? ¿Es tu tutor?  
¿Es tu hermano por ventura?  
*Isab.* Somos huérfanos los dos,  
y desde niños el lazo  
de la amistad....  
*Rey.* ¡Del amor!  
¡Tú le amas!  
*Isab.* ¡Señor!  
*Rey.* ¡Tú le amas,  
y á mí, que tan dulce don  
le envidio, á mí, que te adoro...  
*Isab.* ¡Dios mio!...  
*Rey.* Me pides hoy  
la vida de ese rival  
aborrecido!  
*Isab.* ¡Señor!  
*Rey.* ¡Tú le amas! ¡Oh venturoso  
mortal! ¡Oh grata prision,  
muerte infame! Por ella  
diera yo el trono español.  
*Isab.* ¿Tanto podría humillarse  
con mengua de su esplendor  
esa coronada frente?  
¡Así del régio blason  
que vuestro poder pregona  
do quiera que alumbra el sol,  
la grandeza depondriais  
por una indigna pasión?  
Vencedla, seños, vencedla,  
que á vuestro ínclito valor  
no es árdua empresa. ¡Mis lágrimas  
os muevan á compasión!  
*Rey.* ¡Oh!...  
*Isab.* ¡Perdonadle!  
*Rey.* Ese llanto  
hace su crimen mayor.

Me pides su vida en nombre  
de la fé que te inspiró....  
*Isab.* No; en nombre de la piedad,  
á cuya mágica voz  
nunca fué sordo Felipe.  
*Rey.* Mas si la vida le doy,  
deuda ya de la justicia,  
¿piensas que en plácida union  
sufiré....  
*Isab.* No: ni lo pido  
ni lo espero. A todo estoy  
resignada. Viva él,  
sea libre.... ¡y muera yo!  
*Rey.* ¡Vos morir! Para templar  
de mi justicia el rigor,  
fuerza es conculcar los fueros  
de la ley, de la razon,  
y la magestad del trono  
castellano, y el clamor  
de una familia angustiada,  
y mi justa indignacion.—  
¿No merecen recompensa  
Tantos sacrificios?  
*Isab.* ¡Oh!  
yo á Dios rogaré....  
*Rey.* No preces  
que lleva el viento veloz,  
no votos he menester  
cuando clavado un arpon  
tengo en el alma, y bebiendo  
tósigo de muerte voy  
en cada mirada tuya,  
y á tus plantas.... (Se arrodilla.)  
*Isab.* (Ap.) ¡Oh rubor!  
*Rey.* Espiraré provocando  
la eterna condenación,  
si tus labios no me otorgan  
una palabra de amor.  
*Isab.* ¡Alzad! ¡Miserable de mí!

*Rey.* ¡Pronúnciala!...  
*Isab.* ¡Santo Dios!...  
*Rey.* Y salvarás á Gonzalo,  
 y mi dicha...  
*Isab.* (Con dignidad.) ¡Alzad, señor!  
 No deprimáis vuestra gloria:  
 ved dónde estáis y quién sois.  
*Rey.* (Levantándose.)  
 Mi gloria es amarte.  
*Isab.* Sea;  
 pero si esa adoracion  
 que tanto me encareceis  
 es digna de mí y de vos,  
 no me envilezeais vos mismo  
 á vuestros ojos.  
*Rey.* ¡Ah! no.  
*Isab.* Si del crimen de Gonzalo  
 yo he de ser la expiacion,  
 mostrad que no me tenéis  
 por muger de poca pro,  
 y antes de otorgar la gracia  
 no pidáis el galardón.  
*Rey.* ¡Isabel!  
*Isab.* El tiempo vuela  
 y se acrece mi terror.  
 Vuestro generoso indulto  
 desarme el brazo feroz  
 del verdugo...  
*Rey.* Sí haré. (Ap. ¡Oh gozo!)  
*Isab.* Y por el Dios de Jacob,  
 os juro... no ser ingrata.  
*Rey.* Basta. (Ap. Vencí.)  
 (Se acerca á una mesa y escribe rápidamente.)  
*Isab.* (Ap. ¡Se salvó!—  
 Y yo... ¡Oh Dios mio, Dios mio,  
 doleos de mi dolor!)  
 (Se sienta llorosa y abatida.)  
*Rey.* (Tomando el decreto que acaba de escribir  
 y acercándose al foro.)  
 ¡Quevedo! (Ap. ¡Oh ventura inmensa!)

ESCENA V.

*El Rey. Isabel. Quevedo.*

*Quev.* ¡Señor!  
*Rey.* Tomad.  
*Quev.* (Tomando el papel.) ¡El perdon?  
*Rey.* Sí. ¡Volad!  
*Quev.* (En voz baja.) ¡Triunfais!  
*Rey.* (Lo mismo.) Lo espero.  
*Quev.* (Ap. ¡Hé aquí puesta en el crisol  
 la virtud de una muger!  
 ¡Hé aquí un triunfo precoz!...  
 Mas ¡qué importa? El vivirá.  
 Ella... ¡Bien decia yo!...)  
*Rey.* (Acercándose á Isabel.)  
 ¡Isabel!  
*Quev.* (Ap. Una ha podido  
 desmentirme; pero ¡dos!...!)

ESCENA VI.

*Isabel. El Rey.*

*Rey.* ¡Por qué de nuevo pálida tristeza  
 tus rosadas mejillas descolora?  
 ¡Por qué tu rostro en lágrimas se inunda?  
 ¡Por qué suspiras, niña, y te acongojas?  
 No de esos ojos la fulgente llama  
 esquives al esclavo que te adora.  
 ¡Será que aun en tu pecho impresa vive  
 la imágen de otro dueño, y no la borra  
 la ciega idolatría con que postro  
 á tus plantas mi vida y mi corona?  
 ¡Será que complacida en mi tormento,  
 ya la esperanza efímera me robas  
 que necio concebí? ¡Será que acaso  
 el corazón no hablaba por tu boca



cuando con un acento me elevaste  
al colmo de la dicha y de la gloria?

*Isab.*

(*Levantándose.*)

Escuchadme, señor: mi desconsuelo  
ni de pérdida y falsa me baldona,  
ni es mengua de una huérfana infelice  
que de la vida apenas en la aurora,  
ya con tedio la mira y con espanto.  
Si á mis ojos las lágrimas se agolpan,  
no es mi propia desdicha la que lloro;  
que la mano de Dios no me abandona,  
y al término cercano de mis males  
sabré llegar con planta valerosa.

Lloro el siniestro influjo de mi estrella,  
que á donde quiera que mi frente asoma,  
lleva consigo azares, y amarguras,  
y muerte, y maldicion. Yo soy, yo sola  
quien merece ser blanco á vuestra saña;  
yo, ¡ay de mí, miserable! que en mal hora  
os inspiré un amor que Dios me veda  
premiar; aciago amor, que me sonroja....  
mas por vos que por mí: yo, á cuyo ruego  
una vida acordais, que os fuera odiosa  
si á mí la consagrara el malhadado  
por quien pedí á mi Rey misericordia.

*Rey.*

¡Qué oigo! ¡Han sido una burla tus palabras!

*Isab.*

¡Señor!

*Rey.*

¡Vana ilusion, fugaz lisonja  
fué el paraíso que soñé, y perjura....

*Isab.*

No ser ingrata os prometí, y la obra  
seguirá á la promesa; yo os lo juro.

*Rey.*

¡Cómo?... Tú....

*Isab.*

De una vida os soy deudora:  
otra os daré: la mia.

*Rey.*

¡Qué pronuncias?  
¡Tú morir, ángel mio! ¡Tú, la joya  
de mas prez á mis ojos! ¡Tú!... Primero  
perezca España y se desplome Europa.

*Isab.*

Valga lo que valiere esta ecsistencia

misera, cuyo peso el alma agobia,  
mas no puedo ofrecer en vuestras aras,  
ni menos....

*Rey.*

¡Al galan por quien la inmolas!

*Isab.*

No; á mi honor sin mancilla, á mi decoro,  
al Dios que ha de juzgarme, á la memoria  
de mis honrados padres. Poca fuera,  
á quien de entero corazon blasona,  
dar por el dueño amado hacienda y vida.  
Hazaña mas sublime, mas heróica  
es la que inspira la razon austera  
que la que nace de la fiebre loca  
de una ciega pasion. Si el alma mia  
jamás de amor la llama abrasadora  
sentido hubiera, con igual denuedo  
mil muertes yo arrostrara sin zozobra  
antes que al cebo de ambicion insana  
ó al oro vil prostituir mi honra;  
que á una muger para ilustrar su nombre  
basta ser bien nacida y española.

*Rey.*

(*Ap.* ¡Cielos! ¡Tal fuerza en una niña!...)  
Yo.... Mi pecho....

*Isab.*

Su frente luminosa  
veo alzar á mi padre desde el cielo;  
su frente, siempre erguida, donde aun brota  
la noble sangre por su Rey vertida.  
Su voz habla en mi labio; él es mi norma,  
mi luz, mi ángel custodio; él, si villana  
osara yo insultar su hidalga sombra,  
fulminaria sobre mí sañudo  
eterna maldicion. Cuando á la losa  
fria bajó, pobre, olvidado, oscuro,  
huérfana me dejó, huérfana y sola,  
sin otra hijuela que su nombre limpio  
y una hermosura.... que ignoré hasta ahora,  
y solo creo en ella porque basta  
para ser desgraciada, ser hermosa.  
Mas si otra dote me negó la suerte,  
no indefensa mi padre entre las olas

de este mar me dejó que llaman corte.  
 Conociendo sus artes insidiosas,  
 “oye (dijo) las últimas palabras  
 que te dirige trémula mi boca.  
 Obligacion como soldado tuve  
 de preferir la muerte á la deshonra:  
 jura aprender en el ejemplo mio,  
 y en paz descansaré.”—Juré animosa,  
 y el anciano espiró.... y en mí confia....  
 —Lo que entonces juré.... lo cumplo ahora.

(Saca del pecho un pomo cuyo contenido va á beber.)

Rey. ¡Tente! ¡Un veneno! ¡Horror!

(Quita el pomo á Isabel y lo arroja.)

Isab. ¡Qué hacéis? En vano.

señor, en vano con violencia odiosa  
 me desarmáis. El cielo sabrá darme  
 fuerzas y medio con el hilo rompa  
 de esta vida infeliz.

Rey. ¡Vive! No temas.

¡Vive y triunfa, Isabel! que á tanta costa  
 el que en algo se precia, no conquista  
 goces que humillan, lauros que deshonran.  
 Vive, que si tus gracias me embelesan,  
 tu fé me admira, y tu virtud me asombra.

Isab. ¡Oh prez de caballeros y de reyes!...

(Arrodillándose.)

Dejad que en vuestros piés mi labio ponga;  
 dejad que en ellos angustiada llore  
 mi injusto desamor....

Rey. (Haciéndola levantar.) ¡No mas, señora!

¡No mas! ¡Huid de mí! Débil resuena  
 de mi razon el grito y de mi gloria:  
 para que no le ahoguen mis sentidos  
 fuerza es que yo no os vea, que no os oiga.  
 ¡Señor!

Isab. ¡Huid! Salvaos y salvadme.

Rey. ¡Huid! (Ap. ¡Oh! ¡nunca ha sido tan her-  
 [mosa!]

Os lo ruego; os lo mando.  
 Isab. Vuestra fama  
 perpetuará en sus páginas la historia.

ESCENA VII.

El Rey.

¡Murió la esperanza mia!  
 ¡Huyó la dulce ilusion  
 que mi amante corazon  
 embriagaba de alegría!  
 ¡Qué vale el alto poder  
 que en mí dos mundos adoran,  
 si en vano mis ojos lloran  
 á los piés de una muger?  
 Su altivo desdén me humilla,  
 y á mi pesar lo venero,  
 ¡y á un oscuro aventurero  
 envidia el Rey de Castilla!  
 Quisiera que el hondo abismo  
 me hundiera.... Mas no; á mi gloria  
 debo mas noble victoria:  
 la de vencerme á mí mismo.  
 Sí; cumpliré los deberes  
 de caballero y de Rey,  
 y aunque es tirana la ley,  
 sabré.... ¡Oh mugeres, mugeres!...  
 ¡Lucido y airoso quedo!  
 Y es fuerza que me resigne....  
 ¡Qué he de hacer?... ¡Oh insigne, insigne  
 Don Francisco de Quevedo!  
 Sois un vil calumniador,  
 un libelista soez.  
 Venid á hablarme otra vez  
 del sándio corregidor  
 y de su eterna salmodia

¿quién es ella, quién es ella?  
Mañana, pese á mi estrella,  
Cantareis la palinodia.  
(*Entra en su habitacion.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.



## ACTO QUINTO.

*Sigue la decoracion del acto cuarto. Es de dia.*

### ESCENA I.

*El Rey. Quevedo.*

*Quev.* Vuelvo á las damas su gloria  
y mis sátiras abjuro.  
El aya es una heroína;  
Isabel es un conjunto  
de gracias y de virtudes,  
y yo he sido necio, estúpido  
en admitir como aesiomas  
los dicharachos del vulgo.  
¿Puedo cantar mas de plano  
mi derrota y vuestro triunfo?  
*Rey.* ¡Mi triunfo!

*Quev.* Sí, y muy glorioso;  
que son placeres espúreos  
los que usurpa la violencia  
ó compra á fuerza de escudos  
la seduccion. A la fama  
dió, señor, mas noble asunto  
la castidad de Escipion